

María en el misterio de Pascua.

S. Gómez

El misterio pascual que vivió la Virgen María comenzó desde el mismo momento de la Anunciación. La nueva Eva peregrina por el camino pascual de modo paralelo al nuevo Adán. Y fue una peregrinación dolorosa.

Simeón los bendijo, y dijo a María, su Madre: Puesto está para caída y levantamiento de muchos en Israel y para blanco de contradicción; y una espada atravesará tu alma, para que se descubran los pensamientos de muchos corazones. Estas palabras de Simeón contenían un presagio que María conservaría en su corazón.



Primera representación de la Virgen María en las catacumbas de santa Priscila. Siglo III.



Papiro egipcio en el que está escrita la oración a la Virgen "Sub tuum praesidium confugimus".

El misterio de la Pascua del Señor duró toda su vida, en especial desde el mismo momento en que Juan el Bautista le saludó como el Cordero de Dios. Su vida fue una continua subida a Jerusalén para consumir su muerte. Su bautismo en el río Jordán ya preludiaba la Pascua.

La vida de María era paralela a la vida de su hijo. *Mediante la fe María está perfectamente unida a Cristo en su despojamiento... Al pie de la cruz, María participa, mediante la fe, en el desconcertante misterio de este despojamiento.* (Redemptoris Mater 18) María avanzaba en la peregrinación de la fe ya desde Nazaret, si bien durante la vida pública de Jesús se mantuvo en un segundo plano, y no sería hasta después de la crucifixión cuando se mostró como una madre para los apóstoles, acompañándoles en su soledad; una madre dolorosa y humana que padeció fatiga, dolor, angustia y muerte.

María fue una madre en todo semejante a cualquier ser humano, enfermedad, cansancio, tentaciones... excepto en el pecado.

El evangelista san Lucas dice que el Niño se perdió en Jerusalén y que fue encontrado al tercer día (Lc 2, 41); es ya un aviso alusivo al misterio pascual de la muerte y resurrección de Cristo. ¿Por qué

me buscabais?. Fueron palabras que ponían cierta distancia entre Jesús y su Madre, que había una voluntad distinta y más importante que dejaba en segundo plano la relación madre-hijo para resaltar la relación de Cristo con el Padre.

En Caná de Galilea, justo cuando Jesús inicia su vida pública, de nuevo se vuelve a poner cierta distancia entre el hijo y la madre con unas palabras un tanto mortificantes. *Dijole Jesús: Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? No es aún llegada mi hora.* (Jn 2, 4)

El mismo gesto muestran los sinópticos: Cuando Jesús predicaba y llegaron varios parientes de Jesús, entre ellos su Madre, a preguntar por él, tal vez preocupados por su salud. *Llegados a casa, se volvió a juntar la muchedumbre, tanto que no podían ni comer.* (Mc 3, 20) No se vale María del título de madre para ver al hijo, sino que espera fuera. Y alguien anuncia a Jesús que fuera le espera su Madre. Y la palabra de Jesús vuelve a estar en la misma línea de otras ocasiones: *El les respondió: ¿Quién es mi madre y mis hermanos?* (Mc 3, 33). Para María no dejan de ser palabras un tanto humillantes, y entendería que había cierto rechazo. La maternidad de María era divina, pero ante todo era humana. Referente a esta respuesta del Señor matiza uno de los padres de la Reforma:

Con esto no tuvo la intención de renegar de su madre, sino mostrar el significado escondido de las cosas que ella hizo. Ella recibió la palabra de Dios y, del mismo modo, quien escucha su palabra recibirá el Espíritu de Dios. Ella concibió como una virgen pura y, del mismo modo, quien considera la palabra de Dios, la observa y se nutre de ella, dará frutos maravillosos. (H. Zwinglio, *Scritti teologici e politici*)



La Virgen María y el Niño Jesús.
Frescos de Santa María de Tahull.
Museo Nacional de Arte de Cataluña.

En otra ocasión la respuesta de Jesús fue a una mujer que había gritado: *Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron. Pero El dijo: Más bien dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan.* (Lc 11, 27-28). No sabemos si en esta ocasión su Madre estaba presente.

Esta precisión en las palabras de Cristo no son simple coincidencia. Si Cristo se vació de su poder

para parecer en todo semejante a los demás hombres, (la kénosis de Cristo), María también tuvo que padecer esta kénosis y en lugar de hacer valer sus derechos como madre de Jesús, tuvo que dejarse despojar de ellos y parecer como si fuera una mujer más.

Si el ser Hijo de Dios no le valió a Cristo la humillación y el sacrificio, la cualidad de Madre de Dios tampoco le valió a María el ahorro de la humillación. Aquellas palabras de Simeón en el templo se fueron cumpliendo a lo largo de su vida.

María se vio marcada por la pobreza espiritual, pobreza de espíritu que consistió en dejarse despojar de todo privilegio. Entró en la “noche oscura de la memoria” de que habla san Juan de la Cruz. *Tales eran las de la gloriosísima Virgen Nuestra Señora, la cual, estando desde el principio levantada a este alto estado, nunca tuvo en su alma impresa forma de alguna criatura, ni por ella se movió, sino siempre su moción fue por el Espíritu Santo.* (San Juan de la Cruz, *Subida al Monte Carmelo* III, 2, 10.) Es la pobreza de espíritu que solo fía en la esperanza puesta en Dios, y de la que habla san Pablo dando al olvido lo pasado: *No es que la haya alcanzado ya, es decir, que haya logrado la perfección, sino que la sigo por si le doy alcance, por cuanto yo mismo fui alcanzado por Cristo Jesús. Hermanos, yo no creo haberla aún alcanzado; pero dando al olvido lo que ya queda atrás, me lanzo en persecución de lo que tengo delante.* (Flp 3, 12-13)

María tuvo que aprender la renuncia a sí misma. Y así como Jesús hacía la voluntad del Padre, conducía también a su Madre a cumplir la voluntad divina.

De María no conocemos la más mínima réplica a estas situaciones. Su docilidad fue absoluta a la voluntad del Señor. Otros sí que protestaron, tal fue el caso de san Pedro: *Pedro, tomándole aparte, se puso a amonestarle, diciendo: No quiera Dios, Señor, que esto suceda.* (Mt 16, 22) Y recibió por ello una reprimenda del Señor.



La Virgen con el Niño y adoración de los Reyes Magos.
Tímpano de la portada principal de la iglesia de Ujué, Navarra.

La respuesta de María fue siempre el silencio, pero no silencio de tristeza. Se nota en las bodas de Caná donde lejos de mostrarse ofendida, se fía de la fe y obliga a su Hijo a hacer el primer milagro.

Incluso cuando encontraron al Niño en el templo y María no entendió bien aquellas palabras: *Y les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre? Ellos no entendieron lo que les decía. Bajó con ellos y vino a Nazaret, y les estaba sujeto, y su madre guardaba todo esto en su corazón.* (Lc 2, 49-51)

El silencio de María no quiere decir que no tenga que luchar y superar dificultades y tinieblas. Si estuvo exenta del pecado no lo estuvo del sufrimiento.

Fue madre de Cristo y discípula del mismo. Así lo comenta san Agustín: *¿No hizo acaso la voluntad del Padre la Virgen María, la cual por fe creyó, por fe concibió, fue elegida para que de ella naciera la salvación para nosotros entre los hombres, y fue creada por Cristo antes de que Cristo fuera creado en su seno? Santa María hizo la voluntad del Padre y la hizo enteramente; por eso, vale más para María haber sido discípula de Cristo que Madre de Cristo. Vale más, y es una prerrogativa más feliz, haber sido discípula que Madre de Cristo. María era feliz, ya que, antes de dar a luz al Hijo, llevó en el vientre al Maestro... Por esto también María fue dichosa, porque escuchó la Palabra de Dios y la puso en práctica.* (San Agustín, Discurso 72 A)

No hay que pensar que la vida de María fue una vida triste. Los santos encuentran en la vida de despojamiento una alegría especial. San Luis María de Montfort escribe: *Ha concentrado en la cruz tantos secretos, gracias, vida y alegría, que no la da a conocer sino a sus preferidos.* (El amor de la Sabiduría eterna, 174)

La Virgen María es una madre que entiende a sus hijos y sabe comprenderlos, porque ella misma fue probada y es igual a nosotros en todo menos en el pecado.

María comprendió el misterio pascual. Sus hijos también lo pueden comprender caminando de su mano.



La Virgen orante. Representación cristiana ortodoxa. Mosaico bizantino de la primera mitad del siglo XI. Bóveda del coro de Santa Sofía, en Kiev (Ucrania).